

Museo Marítimo Nacional celebra 110 años con nuevos proyectos

Con la utilización de todo el edificio en el cerro Artillería, este espacio proyecta ampliar sus salas de exposición y restaurar más embarcaciones.

MARÍA SOLEDAD RAMÍREZ R.

Passado 21 de Mayo, en el cerro Artillería, dominando la bahía de Valparaíso. Ahí se encuentra la llamada Blanca Casona, el edificio de 1887 con su señorial estilo neoclásico, que albergó originalmente a la Escuela Naval de la Armada de Chile y que desde 1988 ocupa el Museo Marítimo Nacional, MMN. Ayer, en una ceremonia de gran formalidad, este espacio museal celebró 110 años desde su fundación, ocurrida en 1915 en el monitor Huáscar, como Museo Naval Arturo Prat.

“Ha sido una navegación de más de un siglo que por cierto no ha estado exenta de calmas y bravesas”, dijo en su discurso el director del MMN, el contraalmirante (r) Andrés Rodrigo, destacando su actual ubicación como “un eslabón fundamental no solo para acercar a la comunidad hacia la historia naval, sino también para generar ese necesario conocimiento y valoración de lo marítimo”.

Con unos 70 mil visitantes anuales —que antes de que el ascensor del cerro Artillería dejara de funcionar, en 2018, llegaron a ser cien mil—, el MMN ocupa desde el año pasado toda la Blanca Casona —11.100 m²—, lo que permitirá desarrollar el proyecto museal y arquitectónico que esta dependencia tiene aprobado desde 2018.

Actualmente, el museo tiene más de 5 mil 550 objetos patrimoniales y unos cinco kilómetros de archivo histórico de la Armada, además de fotografías y películas antiguas vinculadas al trabajo de la institución.

El traslado del Comando de Operaciones Navales desde el ala sur del edificio permitió al MMN crecer hacia ese sector, y desde ayer la entrada es por el acceso principal del edificio. Como bienvenida, en el hall principal está montada una muestra temporal sobre la historia de un poco más de un siglo del MMN. Desde ahí, el visitante se puede dirigir hacia el ala norte, para recorrer las salas permanentes, con temáticas como la guerra en el mar, otras dedicadas

La Blanca Casona fue construida entre 1884 y 1887, por el arquitecto Carlos von Moltke. Es Monumento Histórico desde 2012.



El patio ancla, en el ala norte del edificio, que está completamente habilitado.

a personalidades importantes, como Arturo Prat o Lord Cochrane, o la que exhibe la maqueta del acorazado Latorre, de unos 8 metros de largo.

“El edificio, como es grande, tiene dos patios. El norte, que es el patio ancla, está habilitado por completo, y el patio sur, o el de embarcaciones, es jus-



La sala “La guerra en el mar”, sobre la importancia del poderío naval durante la independencia de Chile.

ta ir habilitando ya alguno de estos espacios”, afirma Andrés Rodrigo.

También se han ocupado salas para los proyectos de restauración de las embarcaciones bote salvavidas “Capitán Christiansen” y el “Sea Tomato”, bote a remos que cruzó el mar de Drake hacia la Antártica hace 35 años. El primero de estos barcos, de 24 toneladas, fue trasladado el año pasado desde el

Muelle Vergara, donde estuvo durante muchos años, para quedar en el patio del frontis del MMN, en una operación de calculada ingeniería que se hizo en la madrugada. El “Sea Tomato” estaba desde el 2011 en las bodegas del museo.

“La gran mayoría va a estar en este patio de embarcaciones”, comenta Andrés Rodrigo sobre el destino de las más pequeñas, que incluye la “Sea Tomato”, la “Elsa Sofía” y un bongo pesquero, entre otras, y a las que sumarán ya-

tes, láseres y otras más de tipo náutico. “Todavía hay mucho que desarrollar aquí en el museo”, comenta el director y menciona más proyectos, como el de una sala en el fondo de la Blanca Casona que uniría las dos alas, norte y sur, y estaría dedicada al mar chileno; o hacer una réplica del submarino “Flach”, el primero en Sudamérica y quinto del mundo, hundido en la bahía porteña en 1866.



La sala “Antártica” ofrece detalles del continente helado, como la historia de sus exploradores.

tamente para recibir embarcaciones menores”, explica el director sobre los usos de los nuevos espacios. Agrega que las salas alrededor de este patio sur van a ser ocupadas por la biblioteca —“que se va a ampliar para que sea visitada por todas las personas”— y una futura sala multisensorial, con videos y sonidos, dedicada a tópicos relativos al mar y su conservación. “Estamos postulando a los recursos ministeriales pa-

AUTOR DE MÁS DE 30 LIBROS Y TRADUCIDO A 34 IDIOMAS

Fernando Aramburu: “Yo perdí un abuelo en la Guerra Civil, pero no fuimos criados en el rencor”

El autor de “Patria”, una de las novelas españolas más importantes de los últimos tiempos, vuelve a las librerías con “Hombre caído”, una colección de cuentos.

DIEGO FELIPE GONZÁLEZ
El Tiempo / Derechos exclusivos

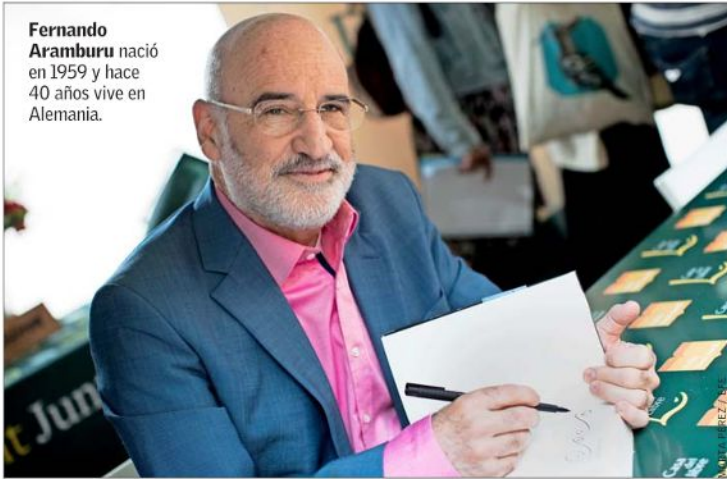
Fernando Aramburu ha publicado más de 30 libros, pero su novela “Patria” (2016) lo convirtió en un referente obligatorio de la literatura española. Radicado hace 40 años en Alemania, fue uno de los invitados estrella a la Feria del Libro de Bogotá, a donde llegó con su nuevo libro de cuentos, “Hombre caído” (Tusquets).

Desde que la lectura apareció en su vida, el lenguaje se convirtió en su hogar. Los libros lo llevaron a dejar su natal San Sebastián y le ayudaron a encontrar en la escritura una vocación, un tanto extraña para su tiempo. Al punto de que sus padres, recuerda Aramburu, a veces se preocupaban de verlo leer tanto tiempo y llegaron a ofrecerle dinero para que saliera a jugar con sus amigos.

Sus obras —entre novelas, ensayos, poesía y cuentos— han sido traducidas a más de 34 idiomas y le han valido un buen número de premios literarios. En “Hombre caído” vuelve al género del cuento, luego de un buen tiempo escribiendo novelas.

—¿Qué le permite el cuento como género literario que no le permite la novela o la poesía?

“En realidad, yo no he abandonado la escritura de cuentos nunca. Lo que ocurre es que los cuentos que voy escribiendo los acumulo hasta que pasados unos años hago una selección y me pongo de acuerdo con el editor para publicar una muestra. Mis cuentos forman parte de un único libro, un hipotético libro de cuentos completos que voy escribiendo a lo largo de mi vida. Confieso que no tengo una relación teórica con el cuento, aunque estudié filología y he leído mucho al respecto, lo que me atrae del cuento es la práctica en sí. Me parece un tipo de escritura que no se puede ni se



Fernando Aramburu nació en 1959 y hace 40 años vive en Alemania.

debe definir en relación con otras, como la novela. Soy un poco reuente a establecer distinguos o comparaciones. Tampoco me planteo qué me ofrece a mí el cuento. En todo caso me pregunto: ¿qué puedo ofrecerle yo a ese género, que es tan exigente? Pero vamos a decir que, desde el punto de vista creativo, es para mí el más gozoso de los géneros”.

—La relación con la muerte ocupa un lugar central en “Hombre caído”. ¿Qué aspectos de este tema quiere comprender a través de su literatura?

“A la muerte le dediqué mucho tiempo y energía cuando era joven y me consideraba biológicamente alejado de ella. En realidad, lo que a mí me interesa no es exactamente la muerte en sí. Me interesan aquellos asuntos de los cuales ningún ser humano está exento y que condicionan la vida de tal manera que para saber en qué consiste esta es imposible no tenerlos en cuenta. Somos una especie consciente de su

condición pasajera. Por eso, lo mismo que a mí, a mis personajes también les ocupa este asunto. Y no es raro que yo me sirva de figuras de ficción para escenificar precisamente lo que es la vivencia de la muerte. Claro que me corresponderá la mía, pero no es una vivencia que luego me vaya a dejar memoria (risas). Por tanto, para hacerme una idea más o menos concreta de cómo los seres humanos vivimos ese hecho, pues recurro a la ficción”.

—Libros como “Patria” o “Hijos de la fábula” tienen como telón de fondo la historia reciente de España. ¿No siente que esta sea una camisa de fuerza en algunos momentos?

“Llevo más de 40 años viviendo fuera de España y sería muy hipócrita de mi parte afirmar que la historia de España, la pasada y la reciente, pesa mucho sobre mí. Me interesa mi país, pero no desde un punto de vista patriótico. Podemos decir que yo vengo de ahí, que mis ancestros también están ahí y muchas personas que conozco son de allí, y yo sé que todos somos hijos de nuestra época y del lugar donde nacimos y

fuimos educados. Entonces a la hora de preguntarme quién soy, por qué soy como soy, por qué hablo el idioma que hablo es inevitable confrontarse con la historia colectiva de ese lugar donde uno nació”.

—Pero me refiero a acontecimientos como la Guerra Civil o la historia de Eta.

“La Guerra Civil Española literariamente no me interesa, o sea, como lector sí y también puedo participar a gusto en una conversación. Pero no es algo que viví de cerca. Sí se mencionaba en casa. Yo perdí un abuelo en esa guerra, pero no fuimos criados en el rencor. Esto se lo agradezco a mis padres, particularmente a la familia de mi padre, que perdió esa guerra, pero además la perdió de una manera muy dramática. Al no educarme en el rencor esto me permitió enfrentarme con ese hecho de una manera pedagógica, no como alguien que quiere ajustar cuentas”.

Sobre la historia de Eta y del País Vasco señala, en cambio: “Yo sí me he criado en esa sociedad donde Eta existía, incluso pude haber participado en ella puesto que también fui adolescente y también estuve expuesto a la propaganda, a la presión grupal, etcétera. Esto ya es distinto porque hay una experiencia personal. Entonces cuando escribo al respecto estoy echando mano de mi experiencia propia, no de libros ni de documentos, que también me sirven, pero no principalmente. En realidad, mis novelas funcionan al contrario de las novelas históricas. Es decir, el escritor de novela histórica acude a la historia y una vez que encuentre un fragmento de la historia, un segmento, un hecho histórico más o menos relevante, coloca unas figuras de ficción en él. Así lo hizo Benito Pérez Galdós y así lo han hecho otros”.

Crítica de música



En el concierto, Claudia Figueroa, Evelyn Ramírez, Felipe Ramos, Gonzalo Quinchahual y Cristián Lorca.

ENCUENTRO DE MÚSICA SACRA UC:

Un “Requiem” entre la memoria y la emoción

JUAN ANTONIO MUÑOZ H.

La ejecución del “Requiem” (1791) de Mozart en el hermoso Templo Mayor del Campus Oriente de la UC, bajo la dirección de Felipe Ramos Taky, fue no solo un acontecimiento artístico relevante, sino también un gesto de memoria cultural: la versión interpretada proviene de una copia manuscrita llegada a Chile en 1853, que permaneció intacta durante 172 años en la Catedral de Santiago. Descubierta por el musicólogo Alejandro Vera, esta partitura, silente por más de un siglo y medio, recobró vida en el marco del 22º Encuentro de Música Sacra UC, en un concierto que conjugó fervor religioso, rigor académico y la complejidad de una obra tan mítica como exigente. Anoche, la misa de difuntos fue interpretada en el mismo lugar donde fue hallada: la Catedral de Santiago.

El programa se abrió con el motete “Ave verum corpus” (1791), anticipo lírico y sereno que permitió establecer desde el inicio una atmósfera de recogimiento. El “Réquiem”, en tanto, desplegó toda su arquitectura dramática con una sonoridad diáfana, impulsada por una dirección clara y decidida. Seguramente guiado por la partitura recién recuperada, Ramos Taky optó por *tempi* poco habituales. Particularmente en los movimientos iniciales y finales, la velocidad imprimió vitalidad al conjunto, pero también impuso grandes desafíos al Coro de Estudiantes UC y a la orquesta. En algunos pasajes, la rapidez dificultó la comprensión del texto y comprometió la articulación coral. Mención especial merece el concertino Miguel Ángel Muñoz, cuya excelencia técnica y musicalidad aportaron brillo y unidad al conjunto instrumental.

Entre los solistas, la soprano Claudia Figueroa brilló con una emisión luminosa y natural, ideal para el estilo mozartiano, aportando especial belleza en momentos como el “Lux aeterna”. Evelyn Ramírez (alto) ofreció una interpretación interiorizada y cálida, con una línea expresiva de gran profundidad. El tenor Gonzalo Quinchahual destacó por su bello timbre y pulcro *legato*, particularmente en “Mors stupebit et natura...” y el “Recordare”, mientras que Cristián Lorca se impuso en el solemne e imponente “Tuba mirum”. Fue un cuarteto bien equilibrado, que respondió con sensibilidad y musicalidad a los variados matices emocionales de la obra.